

PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS QUE TUVIERON POR ESCENARIO

LA CASA DE GOBIERNO O PALACIO MUNICIPAL

De los acaecimientos que tuvieron por escenario la Casa de Gobierno, vamos a referir primero el animado cuadro de costumbres habaneras coloniales, en el que se descubre la honda división existente entre la sociedad cubana y los gobernantes españoles, con que nos regala Alvaro de la Iglesia, en su episodio Un baile de trajes en Palacio, de su libro Cosas de Antaño (13):

O'Donnell vino a empapar de sangre esta tierra en 1843. No tenía aún cuarenta y dos años; era una arrogante figura con perfil sajón y no latino; teniente general de los reales ejércitos, conde de Lucena, hombre de gran cultura... todo, menos un corazón para sentir ajenos dolores. En la Roma de los Césares hubiera sido un Tiberio o un Calígula. De su mando ya hemos dicho mucho en otros artículos, para que consideremos necesario hablar de Plácido ni del proceso de la escalera. Su recuerdo es rojo para los cubanos pero... creemos que aún queda por ahí una calle o un paseo que perpetúe su nombre.

Su esposa era una gran dama madrileña o andaluza. Había oído hablar de la fastuosa opulencia de Cuba y no dejó de sorprenderla que las cubanas vistieran tan modestamente como vestían de vaporosas telas, de blanco generalmente y lo mismo a pie que en sus quitrines mostraran una casi completa indiferencia por las joyas valiosas.

Esta impresión genuinamente femenina no tardó en exteriorizarla la generala con su natural gracejo, diciendo que no en balde rezaba un refrán que de dinero y calidad la mitad de la mitad. O, lo que es lo mismo, que no era tan fiero el león como la gente lo pintaba y que en cualquiera capital española lucían mucha mayor riqueza las mujeres que en la opulenta Isla de Cuba.

No sabemos con qué motivo, seguramente con el de los días de Isabel II, el general ofreció en palacio

un baile de trajes a lo más distinguido de la sociedad cubana. Las fiestas palatinas siempre tuvieron en los tiempos de la Colonia un sello de gran distinción, porque entonces no se había improvisado aún cierto elemento nacido de los saltos de la fortuna y algunas veces de la despreocupación moral. Las grandes casas cubanas podían contarse por los dedos; eran bien conocidas y estaban abroqueladas contra la invasión aventurera. O'Donnell no tuvo necesidad de escoger porque algún noble de los más allegados a palacio lo impuso de quiénes, por su limpieza de sangre, sus títulos y su fortuna, estaban en condiciones de recibir la invitación.

Maravilloso fué aquel baile del cual se habló en La Habana no días ni meses, sino años. La sociedad habanera, mejor dicho, las nobles damas habaneras cogieron aquel baile por los cabellos para dar a la esposa de O'Donnell la más dura lección que podía dársele. Como a las diez empezaron a ascender las marmóreas escaleras de palacio, haciendo su aparición en la sala del trono, las más bellas, las más linajudas y las más ricas mujeres de la capital vistiendo caprichosos y elegantísimos trajes; pero ¡qué trajes, dioses inmortales! Parecía aquello el fantástico baile de la Cenicienta. Diana, la Noche, la Aurora, sultanas, odaliscas, diosas mitológicas, hembras de todos los países del mundo... Y sobre ellas parecían haber derramado los genios toda la riqueza oculta en sus misteriosas cavernas...

La condesa de Fernandina llevaba sobre el cabello, marco admirable de su prodigiosa belleza, más de sesenta mil pesos en pedrería; la señora Hilaria Font de Aldama, representando la Noche, vestía de terciopelo negro adornado con gruesos brillantes tasados en ciento cincuenta mil pesos; la señora Jenckes de Torices, que no hace mucho tiempo bajó a la tumba, lucía una diadema de plata y brillantes por valor de cincuenta mil pesos... ¿A que seguir enumerando si no habíamos quedado en hacer una crónica al gusto del día? Todas las más bellas criaturas pertenecientes a las más esclarecidas familias habaneras, criollas reyoyas, las de Torices, Ovando, Armas y Ojeda, Juara y Soler, marqueses de Real Campiña, Estévez, Villalba, Almendares y Prado Ameno, Cárdenas y Manzano, Montalvo y O'Farrill, O'Farrill y Arredondo, Zambrana, etc., etc., habíanse conjurado para abrumar con su lujo y su ostentación a la generala que, según se cuenta, no pudo hacer los honores de la fiesta por haberle atacado una indisposición repentina...

Durante la última etapa de la Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años, este Palacio fué escenario de un hecho violento

- insólito en nuestra lucha por la independencia y repudiado siempre por los altos jefes de la misma -: el atentado terrorista realizado por el después comandante del Ejército Libertador Armando André contra el sanguinario gobernador español Valeriano Weyler, el 27 de abril de 1896, al colocar una bomba en los inodoros de la planta baja, en el lugar correspondiente al sitio en que, en la planta alta, se encontraba el despacho de aquel gobernante, la cual ocasionó, únicamente, graves desperfectos en el edificio.

Enrique Ubieta, en sus Efemérides de la Revolución Cubana, reproduce el cable enviado por Weyler al Gobierno de Madrid, y da estas otras noticias sobre dicho suceso (14):

"Ministro Guerra. — Madrid. — Habana, 28 abril de 1896.

"Acaba de ocurrir una explosión en edificio esta Capitanía General, en la parte ocupada por el Ayuntamiento.

"Según dictaminaron peritos, se atribuye verosímilmente a expansión de gases acumulados en fosa letrina situada misma pieza donde ocurrió explosión; admitiéndose que puedan haber favorecido al fenómeno las mezclas detonantes que se verifican con aire atmosférico y los carburos de hidrógeno, los cuales pueden haberse formado en la fosa de la cloaca que con ella comunica y está expuesta a explosiones, como se ha verificado otra vez. Cuando se haga escombros, podrá precisarse más esta opinión.- Weyler".

Los corresponsales dijeron que la explosión no fué causada por gases acumulados, sino por bombas, y que había habido una horrosa y prolongada detonación, que hizo trepidar el suelo. Que el patio de Palacio se llenó de humo denso, rompiéronse muchos cristales y se desprendieron algunos decorados de los techos.

"Como todo el edificio se conmovió, la alarma de los que en él nos hallábamos fué extraordinaria, pues se atribuyó lo acaecido a un atentado de los

insurrectos".— dijeron los corresponsales. El suceso produjo gran impresión en La Habana.

El Palacio Municipal, como residencia de los Gobernadores españoles, de los interventores norteamericanos y de los primeros Presidentes de la República, fué escenario de dos acontecimientos trascendentales en la historia de Cuba: la celebración oficial del cese de la dominación española e inicio de la intervención militar norteamericana, y la instauración de la República y toma de posesión de su primer Presidente Tomás Estrada Palma.

Desde las primeras horas de la mañana del 1º de enero de 1899, fueron las tropas norteamericanas ocupando las plazas y calles principales de la ciudad de La Habana, y el pueblo madrugó también para presenciar, sin perder detalle, los actos trascendentales que debían realizarse ese día, marcado en las páginas de la historia como el día final de la dominación española en el Nuevo Mundo.

El general Fitzhugh Lee, al frente de la división del 7º Cuerpo, compuesta de 7,500 hombres, se situó a todo lo largo de la calzada de San Lázaro, recibiendo a su paso los aplausos y aclamaciones del público por las simpatías de que gozaba debido a su generosa actuación a favor de los cubanos durante el tiempo que desempeñó el consulado general de su país en La Habana.

Como es natural, los lugares de mayor aglomeración popular eran la Plaza de Armas y sus alrededores, la Cortina de Valdés y el litoral del puerto, pues desde ellos podían presenciarse los actos simbólicos del cambio de gobierno que se iba a efectuar: la sustitución de la bandera española por la norteamericana en el Palacio del Gobierno y en la fortaleza de El Morro, respectivamente.

Cuidaban del orden en la Plaza de Armas y las calles de Obis-

po y O'Reilly tropas norteamericanas del 8º y 10º regimientos regulares, que impedían el tránsito del público por aquellos lugares, desde las 10 de la mañana.

La segunda compañía del regimiento español número 38, al mando del comandante don Rafael Salamanca, montaba la guardia de Palacio.

Faltando quince minutos para las doce llegaron en lujosos carruajes las nuevas autoridades de Cuba, así como los generales cubanos José María Rodríguez, José Miguel Gómez, Mario G. Menocal, José Lacret Morlot, Alberto Nodarse, Rafael de Cárdenas y Leyte Vidal, con los coroneles Valiente y Sánchez Agramonte.

En el Salón del Trono recibió a todos el general Adolfo Jiménez Castellanos, acompañado de su Estado Mayor. La mitad del Salón estaba ocupada por los jefes americanos y la otra parte por los españoles. En el espacio que entre ellos mediaba estaba el capitán Hart, intérprete oficial de la Comisión Americana de Evacuación, la cual también concurrió.

Cuando empezaron a sonar en el reloj del Palacio de Gobierno las campanadas de las 12, una salva de 21 cañonazos saludó la enseña hispana que descendía del mástil, izándose después, con iguales honores militares, la bandera norteamericana, por el mayor Butler, el capitán Page, el sargento Schlener y el soldado Ginoles. Las bandas de música ofrecieron también su homenaje a ambas enseñas nacionales con los acordes de la Marcha Real y del Himno Nacional estadounidense.

El general Jiménez Castellanos leyó el siguiente documento de entrega de poderes al general Brooke:

Señor: En cumplimiento de lo estipulado en el Tratado de Paz, de lo convenido por las Comisiones

militares de evacuación, y de las órdenes de mi Rey, cesa de existir desde este momento, hoy, 1º de enero de 1899, a las doce del día, la soberanía de España en la isla de Cuba, y empieza la de los Estados Unidos. Declaro a usted, por lo tanto, en el mando de la Isla y en perfecta libertad de ejercerlo, agregando que seré yo el primero en respetar lo que usted determine. Restablecida como está la paz entre nuestros respectivos Gobiernos, prometo a usted que guardaré al de los Estados Unidos todo el respeto debido, y espero que las buenas relaciones ya existentes entre nuestros ejércitos continuarán en el mismo pie hasta que termine definitivamente la evacuación de este territorio por los que estén bajo mis órdenes.

A su vez, el general Brooke le contestó:

Señor: En nombre del Gobierno y del Presidente de los Estados Unidos, acepto este grande encargo, y deseo a usted y a los valientes que lo acompañan que regresen felizmente a sus hogares patrios. ¡Quiera el cielo que la prosperidad los acompañe a ustedes por todas partes!

El repórter de La Lucha - Caballero - refiere que al general Jiménez Castellano, que vestía un modesto traje de rayadillo de hilo, llevando como única insignia el fajín encarnado, al despedirse de las personas reunidas en el Salón del Trono,

las fuerzas le faltaron, las lágrimas corrieron por sus mejillas y solamente pudo decir con voz que ahogados sollozos hacía temblorosa: "Señores, me he encontrado en más combates que pelos tengo en la cabeza, nunca en ellos desmayó mi espíritu; pero hoy, ya no puedo más... ¡Adiós, señores!" Y con paso precipitado salió del Salón y bajó las escaleras acompañado por los generales y comisionados americanos, en profundo silencio ante aquella prueba de verdadero dolor. La guardia americana de la puerta de Palacio le hizo los honores al salir, lo mismo que la tropa que cubría la línea hasta el muelle de la Capitanía del Puerto.

Y agrega: "Acompañaron a Jiménez Castellanos hasta el muelle el general Clous y el capitán Hart".

Respecto a la ceremonia de la instauración de la República el 20 de mayo de 1902, a las 11 y 10 de la mañana llegaron a la Plaza de Armas, con su banda y al toque de cornetas, varias compañías del Séptimo Regimiento de Caballería norteamericano, con la bandera del cuerpo y la de su nación.

Inmediatamente entraron en la Plaza tres compañías del Cuerpo de Artillería cubano, mandadas por los capitanes Martí, Martín Poey, Varona y Pujol, situándose frente al Palacio.

En éste se hallaba desde temprano el gobernador Wood y su Estado Mayor, vestidos de gala, y Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador.

Poco después fueron apareciendo los demás invitados: los cónsules extranjeros; los secretarios del despacho del Gobierno Interventor, señores Tamayo, Lacoste, Villalón, Varela Jado, Cancio y Varona; los Magistrados del Tribunal Supremo y de la Audiencia; los profesores de la Universidad y del Instituto...

El presidente Tomás Estrada Palma se presentó a las 11.35, acompañado de los que serían sus primeros secretarios: Yero, García Montes, Tamayo, Zaldo, Terry y Díaz, y de sus ayudantes, capitán Coppinger y teniente Torriente. Todos fueron recibidos en la puerta del Palacio por los ayudantes del general Wood, Carpenter y Hanna, acompañándoles hasta el Salón del Trono de los Capitanes Generales.

El vicepresidente de la República, Luis Estévez y Romero, y los miembros del Congreso hicieron acto de presencia momentos después.

Señala el repórter de La Discusión que también presenciaron la transmisión de poderes, entre otras personalidades cubanas y norteamericanas: William Jennings Bryan, J. Jennings, el arzobispo

Francisco de Paula Barnada, los generales Demetrio Castillo Duany y Alejandro Rodríguez, los señores F. Camba y Luis V. Abad. Por su parte, el repórter de La Lucha, Felipe Taboada, da por presentes también al administrador eclesiástico de la Diócesis de La Habana, monseñor Broderick, al senador americano Masson y a representaciones de la Sociedad Económica, Academia de Pintura, Cámara de Comercio, Movimiento Económico, Centro de la Propiedad Urbana y otras corporaciones y sociedades.

A las 12 menos 5 minutos, el gobernador Wood, frente al presidente Estrada Palma, leyó la carta que con fecha 10 de mayo, le dirigió el presidente Teodoro Roosevelt al Presidente y al Congreso de la República de Cuba; y el documento de entrega del Gobierno, asomando ya la inmediata aplicación de la Enmienda Platt o Apéndice Constitucional, al señalarse que estaban comprendidos en el artículo 5º de dicho Apéndice el cumplimiento de varios contratos de obras públicas y los reglamentos de Sanidad para la ciudad de La Habana y de Cuarentenas en diversos puertos, así como se le llamaba la atención sobre que "el gobierno de Isla de Pinos continuará como un gobierno de facto", hasta que se resolviera sobre el status de dicha isla.

El presidente Estrada Palma leyó otro documento, dándose por recibido del gobierno de la Isla, de la carta de Roosevelt y de las imposiciones señaladas por Wood, que hemos mencionado.

A las 12 y 10 dió el general Wood la orden del cambio de banderas. Y, lentamente, fué arriada la de las barras y las estrellas e izada la de la estrella solitaria, entre el tronar de las descargas militares y los vítores del pueblo.